



CERTÁMENES VILLA DE MADRIDEJOS 2011

CATEGORÍA: CERTAMEN LITERARIO. PROSA
ADULTOS

TÍTULO: ABRAZOS DE PIEDRA

PREMIO: PRIMER PREMIO

AUTORA: Meritxell Coello Portajada

Certámenes
Villa de Madridejos



Ilmo. Ayuntamiento de
Madridejos

ABRAZOS DE PIEDRA

Alguien dijo alguna vez que las personas siguen vivas mientras exista alguien en el mundo que las recuerde. Quizá sea por eso que necesito contar esta historia, que no es la mía ni es la tuya o tal vez sea un poco la de todos.

Recuerdo sus manos, unas manos frágiles que envolvían las mías como si no hiciera falta nada más en el mundo para ser feliz. Y su voz, ronca, fuerte y profunda, como uno de esos pasillos infinitos en los que se metía casa mañana. No recuerdo mucho más, quizá porque se marchó cuando yo era sólo una niña. Su vida y su persona la he ido creando a base de pellizcos en la memoria, de buscar y buscar entre las arrugas del tiempo donde me estuvo esperando todo este tiempo. Gracias a muchos que me regalaron pedazos de aquellos días, que me ayudaron a tirar de ese hilo débil y perezoso que es el olvido, que se lleva tantas cosas sin darnos cuenta y así, tirando de todos ellos he vuelto a traerlo hasta mí, a él, a ese hombre con el que me crucé en su vida y no supe quién era hasta que ya no estaba.

Sus manos, siempre sus manos. Recuerdo como le temblaban. No siempre las tuvo así aunque para mí no tuvo otras. La mina ya le había entrado dentro. Pero empezamos por el principio, por donde deben empezarse las cosas.

Aquel era un pueblo de esos que no tienen nada especial por lo que ser recordados. Un pueblo sin mar ni montaña, sin río ni castillos. Nada. Un pueblo de esos que se encuentran en medio del mundo y que son lo que sus gentes deciden que sea. Pues bien, eso era, un pueblo minero cualquiera del centro de España. Aquello no era poco en aquellos años, años donde un trabajo, por malo que fuera, era la única diferencia entre estar muerto o estar vivo. Aquel, era un sitio triste pero con suerte.

Yo tenía unos padres pero no los conocía, -cosas de la guerra- me decían entonces. Lo cierto es que no los eché nunca de menos porque uno sólo echa de menos lo que prueba. Mis abuelos me valían y nunca le di demasiadas vueltas. Aquellos eran tiempos de penas y miradas gachas, de silencios y reproches callados, de hambre y miserias pero también era mi infancia y por eso, quizás, lo malo no era tan malo. Nosotros nunca pasamos hambre, la mina siempre estuvo presente, para lo bueno y para lo malo.

Debía rondar los cuarenta y muchos pero su cuerpo gritaba muchos más aunque no los hubiera vivido.

-Es lo que tiene la mina – Decía siempre. –Cuando uno entra en ella, ella entra en uno y no vuelve a soltarle hasta que la parca se lo quita de los brazos... Pues no es nadie la mina! Nadie escapa de ella...Pues no es nadie la mina!-

Era un hombre grande, o eso me contaron. Yo lo recuerdo cansado, cuando el mercurio lo había gastado sin embargo, pese a todos estos años, también puedo ver aún aquella sonrisa amable con la que *Ella* no pudo, esa que seguía allí, plantada en aquella cara que no parecía ser la suya, cuando marchaba amaneciendo con el casco apretado hasta las cejas y la máscara de espuma entre las manos. Nos decía adiós, con los brazos de alambre en alto mientras la abuela y yo nos quedábamos en la puerta hasta verlo desaparecer, haciéndose pequeño y más pequeño hasta que el camino se lo llevaba.

Cuando el sol abrasador de aquella tierra sin sombras nos dejaba un hueco para respirar mi abuelo volvía cargado de polvo y mugre, se limpiaba en el patio con aquella cubeta de zinc, rodeado de los geranios de la abuela que le daban siempre la bienvenida. Entonces me hacía una señal y me cogía de la mano. Yo le ayudaba a subir las escaleras a la azotea como si de la subida al mismísimo cielo se tratara y allí pasábamos las horas sin que nadie se atreviera a decirnos nada. Aquel era su pequeño rincón, miles de trastos viejos dormían amontonados esperando que aquel hombre se decidiera a llamarlos. Sobre las paredes encaladas verano a verano, en jaulas de madera que él mismo construía, colgaban una docena de canarios que luchaban por ser los mejores en ese arte del cantar. Se sentaba en la silla de brea y yo le pasaba las jaulas una a una, poniendo en aquella tarea todo el cuidado del mundo. El abuelo las limpiaba con las manos temblorosas, hablaba en susurros mientras aquellos pequeños cuerpos cargados de plumas se quedaban mudos, quietos como si entendieran a aquella voz que subía a verlos cada tarde. Yo no decía nada, ahora sé que era porque no había nada que pudiera decir. Me gustaba aquel lugar y me gustaba estar con él. Recuerdo una tarde en la que todo empezó a ser mejor aún; Merendamos en la mesa de la cocina y se quedó medio dormido dando cabezazos de un lado a otro pero negándose a meter en la cama para dormir la siesta; -Eso es para enfermos- decía cada vez que a alguien se le ocurría la sugerencia. Yo me entretenía con cualquier cosa a su lado, veía a mi abuela fregar los cacharros o barría con un manojo de zarza el suelo de la cocina, siempre vigilando que mi abuelo no abriera los ojos. No tardó mucho en desperezarse y hacerme la señal que yo llevaba horas esperando.

- Espera. Tengo que coger una cosa. – Me dijo y volvió con un paso torpe hasta donde yo estaba. Llevaba algo en la mano pero no pude distinguir qué era hasta que llegamos arriba, a la azotea.

- Hoy vas a aprender a leer. Pero a tu abuela ni pio-

Las tardes desde entonces fueron aún mejores, en papel de estraza y con un carboncillo que siempre me tiznaba los dedos aprendí las letras una a una. Entre el canto de canarios aprendí a unirlos y a crear palabras, a leer mensajes que el abuelo me escondía entre los trastos viejos y a viajar desde aquella azotea a donde yo quisiera. Aquel fue el mejor regalo que pudo darme y lo hizo como lo hacía todo, sin darle ninguna importancia.

Una tarde lo trajeron unos compañeros, lo llevaban agarrado por los brazos y sin que sus piernas fueran capaces de responderle. Los temblores que siempre llevaba en sus manos habían pasado al resto del cuerpo. Lo tendieron sobre la cama y la abuela lo cubrió con una montaña de mantas. – Tengo frío- Repetía una y otra vez –Tápame Paquita, tápame que tengo mucho frío- Estuve toda la noche escuchando los pasos de la abuela que entraban y salían del dormitorio pero no me atreví a decir ni una palabra, quizá porque ya sabía lo que pasaba. Recuerdo que sólo rezaba, rezaba para que no se fuera, para que no se lo llevara, para que esa visita que nadie quería pasara de largo de nuestra casa, que no nos lo quitara porque eso es lo que hacía siempre, llevarse a los hombres de cada familia, de cada portada, de cada zaguán. Porque aquel, entre otras penas, era un pueblo sin hombres, un pueblo de sayas negras.

Por la mañana se lo llevaron al sanatorio, era un edificio blanco y luminoso donde llevaban siempre a los enfermos para echar al *bicho* que se les metía dentro, un lugar tranquilo en el que los tenían tumbados al sol durante horas, tapados hasta arriba con todo lo que podían y esperando que con el sudor se fuera todo lo malo y así, de ese modo, poder volver pronto a la mina. Era un sitio bonito pero cargado de caras tristes, un regalo macabro para sanar rápidamente a los que debían volver de nuevo bajo tierra, para los que debían encontrarse de nuevo con Ella. Por las mañanas iban a visitarlo, me sentaba con ellos al sol y escuchaba las historias que me contaban. Allí aprendí a lo que se dedicaba el abuelo y entendí lo mucho que hacía por nosotras. A veces les llevaba libros que me dejaban Don Andrés, el cura del pueblo, un hombre joven y muy dispuesto al que todos acudíamos por las más variadas razones.

- Toma, llévale éste que le gustará-

-Ah! Y dile que cuando se ponga bueno se pase algún día por la iglesia, que no mordemos!-

Yo se los leía como podía, primero uniendo palabras torpemente que se me olvidaban en cuanto las decía. Luego, a medida que pasaban los días y pasaba las páginas empecé a hacerlo más rápido, tanto que a veces no recordaba que leía para otro y se me hacía de noche sin darme cuenta. Pasaron semanas hasta que a mi abuelo dejó de temblar, hasta que el frío que el mercurio le había metido en el cuerpo decidió marcharse a otro sitio. Durante aquellos días nos despedimos de algunos de los hombres que como mi abuelo intentaban escapar del bicho, algunos se fueron con una pequeña sonrisa en los labios y un fuerte abrazo de complicidad, otros se fueron con los ojos cerrados y envueltos en un sudario. No hubo lágrimas para unos ni para otros, sólo un regusto amargo en la boca y la vista fija en otro lado.

El abuelo no pudo volver a la mina. Lo devolvieron a casa una mañana de julio como si fuera uno más de aquellos trastos viejos que él guardaba en la azotea. La abuela y yo fuimos a recogerlo, el sol parecía reírse de nosotros y nos perseguía sin darnos tregua por el camino que

llevaba al pueblo. Él parecía no darse cuenta de aquel calor, llevaba una chaqueta de lana y seguía teniendo frío, como si la sangre no corriera por su cuerpo, como si ya estuviera muerto.

La abuela me consiguió un trabajo en la mercería, enterrada entre telas y botones pasaba las horas del día. Aquel era el único salario que entraba en casa y me esforzaba al máximo por mantenerlo. A veces, Doña Carmen me mandaba con algún encargo a casa de alguna de las mujeres del pueblo, yo cogía la bicicleta y pedaleaba tan fuerte como podía, dejaba el encargo con una sonrisa y me acercaba a casa sin detenerme un instante. Entraba corriendo para darle un abrazo y volvía a salir corriendo.

Ahora entiendo aquella tarde, entonces no la entendí. Subimos juntos a la azotea, descansado en cada escalón sin importarnos ni a mí ni a él el tiempo que tardáramos en hacerlo. Al llegar se sentó en su silla de brea y no dijo ni una sola palabra, creí que estaría cansado y me puse a jugar con los trastos viejos mientras él permanecía en silencio. No recuerdo cuánto tiempo pensé pero fue mucho hasta que abrió la boca y me pidió que le acercara la jaula. Le acerqué la primera, como había hecho cientos de veces durante mi corta vida pero esa vez distinta, esa vez fue diferente. Cogió la jaula y la apoyó en su regazo, la acarició callado un largo rato, mirando aquel pajarillo que revoloteaba de un lado a otro sin saber qué pasaba, de pronto, con aquellas manos inseguras a las que yo adoraba abrió la puerta. En silencio, conmigo a su lado sin saber qué debía hacer, fue soltando uno a uno cada pájaro de su jaula y luego, sin decir nada, se levantó con los ojos cargados de lágrimas y me abrazó.

No hizo falta buscarlo, la abuela supo dónde estaba cuando abrió los ojos y no lo encontró a su lado. Se cepilló el pelo sin prisa frente al espejo y colocó con cuidado las horquillas entre sus mechones blancos, se puso la rebeca sobre los hombros y salió a la calle sin hacer ruido, era algo para lo que estuvo siempre preparada, algo que debía hacer e hizo. Caminó sin luz, con las alpargatas enterradas a cada paso y las lágrimas cayendo sobre la tierra y allí lo encontró, donde sabía que estaría, en los brazos *Ella*, de esa que siempre supo que al final lo lograría...Pues no es nadie la mina!